

tellana está enterrada ; pues los vocablos mas puros, hermosos, y eficaces hace medio siglo que ya no salen á la luz pública. Si los hombres cuerdos y juiciosos que conocen el valor y lustre de nuestra lengua no se esmeran, como lo muestran ya algunos, en reparar este daño ; vendrá tiempo en que no alcanzará el remedio. Hemos llegado á tiempo en que se pueden perdonar los arcaismos por no caer en los galicismos : aquellos á lo menos tienen su cuna y su alcúrnia en nuestro pays ; y estos son intrusos y advenedizos.

No pretendo ahora presentar exemplos de este abuso que muchos hombres sábios y celosos tocan y lloran dias hace, porque sería obra no de un solo volúmen : inútil trabaxo para el desengaño quando basta al curioso releer con reflexión y desconfianza las innumerables traducciones que compró y leyó sin ella, pues no las volvió á los librereros. ¿ Que necesidad tenemos de la palabra *bolsa*, teniendo en español *lonja de comercio*, ó *casa de contratacion* ? ni de *bello sexó*, teniendo *sexó femenino* ? ni de *sociedad*, teniendo *trato civil* ? ni de *sentimientos*, teniendo *afectos* ? ni de *genio*, teniendo *ingenio* ? ni de *transporte*, teniendo *enagenamiento y rapto* ?

Cesando yo de hablar en mi nombre alguna vez sobre esta materia ; imploro la autoridad y juicio de Lope de Vega, quien, en alabanza de una cancion de Herrera, que con sola la ele-

gancia de la lengua castellana supo levantar la alteza de la sentencia puramente á una locucion heroyca, dice : “ Esta es elegancia, esta es “ blandura, y hermosura, digna de imitar y de “ admirar : que no es enriquecer la lengua dexar “ lo que ella tiene proprio por lo extrangero, sino “ despreciar la propria muger por la ramera “ hermosa.”

#### ARTÍCULO IV.

DE LA ELECCION DE LAS PALABRAS QUE

FORMAN LA ELOCUCION.

Despues de haber tratado de las palabras en quanto son instrumentos para hablar con propiedad y exâctitud ; falta considerarlas ahora con respecto á la elocucion oratoria. Para esto es necesario cierto tacto en su eleccion, escogiendo no solo las mas propias y castizas, las mas autorizadas y claras, sino las mas enérgicas, ilustres, significantes, y escogidas con tanto acierto que su belleza dé luz al órden, y la hermosura del orden dé esplendor á las mismas palabras.

Del arte del artífice saca su estimacion la materia mas comun, dandola con su habilidad las formas y vista que pide el buen gusto, ó la

comodidad de los compradores. Y como las palabras son la imágen de nuestras ideas; siendo estas nobles y grandes, deberán ser aquellas escogidas como galas para cuerpos nobles. Las selectas expresiones andan unidas con las cosas selectas, y las siguen como la sombra al cuerpo. Yerran seguramente los que creen que se pueden buscar las palabras fuera del asunto: lo que importa es saberlas elegir, y emplearlas cada una en aquel lugar que dé valor y gracia al pensamiento.

*Palabras figuradas.*—Es cosa maravillosa el ver como unas palabras que se hallan en boca de todo el mundo, y que en sí mismas no tienen hermosura alguna particular, reciben cierto lustre que las separa del lenguaje comun, y las traslada el escritor á obgetos que no pueden admitirlas sino por semejanza; y como de esta misma impropiedad saca su fuerza y virtud la locucion.

La palabra *relampaguear*, como efecto de la inflamacion del rayo, es un término propio y sencillo; mas quando lo usamos para expresar la vista airada de un hombre, decimos: *sus ojos relampagueán*; y entonces los pintamos con mas vivacidad.

Un eloqüente historiador, pintando el estado del Asia, despues de las victorias de los Califas, dice asi: *El Asia, abrumada por el poder arbitrario, y hollada de bárbaros conquistadores,*

*se divide en vastas soledades: teatro de desolacion y miseria, que no merece los ojos de la historia.* De las palabras *abrumada, hollada, teatro, y ojos*, colocadas y aplicadas por un modo metafórico que personifican al Asia, y despues a la historia, ¡qué viveza, energia y grandeza no toma la expresion de toda la sentencia!

Hablando el P. Marquez contra los que faltan á la humildad, ensoberbeciendose con las virtudes que poseén, dice: *Hay hombres que, venciendo los incentivos de la sensualidad, dexan descubierto por otra parte el lado al enemigo, quedando soberbios de lo hecho. Otros acocean los deseos ambiciosos; pero de ahí toman ocasion para ser poco recatados, como gentes que no esperan de los reyes.* En la palabra *lado* se figura una accion de guerra, que, refiriendose á las otras *descubrir* y *enemigo* pinta el descuido de un General que no cubre el costado de sus tropas. *Acocear* es voz comunísima que expresa la accion de patear una cosa, que es el último vilipendio ¿que será, pues, *acocear* deseos?

*Palabras enérgicas.*—La energia dice mas que fuerza, y se aplica á los rasgos pintorescos y al caracter de la diction. Asi pues, un orador puede juntar la fuerza del racionio, y la energia de la expresion; y entonces, siendo enérgicas las imágenes, serán fuertes las pinturas.

Energía es propiamente aquella representacion clara y viva que nos pone los objetos ante los ojos por medio de ciertas imágenes presentadas con sus términos propios que no las confundan con otras.

Del Mariscal de Turena dice un orador en su elogio fúnebre: *Vieronle en la batalla de las Dunas arrancar las armas á los soldados-extranjeros, encarnizados en los vencidos con brutal ferocidad.* Bien pudiera haber dicho, y haber hablado correcto y puro, en lugar de arrancar, *quitar*, y en lugar de encarnizados, *enfurecidos*, y en vez de brutal terrible. Pero estas ultimas palabras ¿tendrian el mismo vigor y energía que las primeras? El verbo *arrancar* ¿no nos representa con cierta evidencia la fuerza y tenacidad con que tenian aquellos soldados empuñadas las armas, y por consiguiente el esfuerzo y poder de quien los desarmó? El epíteto *encarnizados* ¿no nos presenta la imagen de un lobo que se ceba en los miembros de la presa que tiene debaxo de sus pies? El otro epíteto *brutal* ¿no significa una ferocidad propia de bestias fieras, y no de hombres? Esta feliz eleccion de las palabras nace del vigor de nuestra imaginacion, que sabe dar cuerpo, y vida, y movimiento á las cosas que han de hacerse sensibles á los oyentes.

La palabra mas enérgica en estos casos es la

mas propia; y siendo la mas propia, es la mas eficaz. Traygamos por exemplo lo que dice otro eloqüente escritor hablando de Neron en sus últimos años: *Era un príncipe gangrenado de vicios.* Podia haber dicho *inficionado* de vicios; pero esta palabra era menos enérgica por tener un sentido mas vago, pues no determina un mal conocido, un mal terrible, irremediable, y patente á la vista: por consiguiente *gangrenado* es la mas propia para imagen de comparacion de lo moral con lo físico. Podia tambien haber dicho *corrompido*; palabra mas vaga aun é indeterminada, y que por la misma razon que significa mucho en sentido recto y en el figurado, nada expresaría en tal caso. Podia en fin haber dicho *lleno* de vicios: palabra mucho mas vaga y comun, por que, sobre no encerrar en sí un mal sentido, todas las cosas están llenas en la naturaleza, hasta el espacio mismo considerandole matemáticamente.

Dice Moysés en su sublime cántico de la salida del pueblo de Dios de Egipto: *Enviaste, Señor, tu ira que los consumiò como una paja.* ¿Que grande y terrible imagen? Una paja en un instante la consume el fuego: *consumir* es quemar aniquilando: *consumir* como una paja dice una accion instantánea: ¡y este modo y esta accion contra un ejército innumerable!

El language humano no puede representarnos mas formidable y poderosa la ira de Dios, personificada tan valientemente, pues la envía como ministro para el castigo de sus enemigos.

Me parece que bastan estos dos pasages para exemplos de la energía de las palabras; y el análisis filosófico que se ha hecho de su mas ó menos extension para su graduacion comparativa, podrá servir de estudio y regla á los que desean hablar no solamente al entendimiento, mas tambien á los sentidos en donde se han de imprimir las imágenes de las ideas grandes y sublimes.

Para hablar con vigor y energía, no es necesario que la expresion conste de palabras exquisitas y extraordinarias; pero sí que éstas representen imágenes vivas, aunque sean del uso comun. Hablandose en el Deuteronomio de las promesas y bendiciones que prometió Dios por su profeta á su pueblo si guardaba sus mandamientos, les dice y amonesta con estas vivas palabras: *Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traedlas atadas en las manos por señal, y colgadas delante de vuestros ojos, y enseñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas.* Aqui no hay voz exquisita ni noble; pero la fuerza de su energia nace de su aplicacion, y del lugar que ocupan. Atarse las palabras en las manos como cintas, colgarselas en el pecho

como venéras para tenerlas presentes, y enseñarlas ¿se ha dicho nunca, ni se puede decir mas?

Queriendo pintar la pasion de Christo el Maestro Marquez, dice: *No le dieron azote que no le tuviera previsto el entendimiento del Padre, sin cuyo permiso ni se moviera contra el hijo la mano del sayon, ni arqueára la ceja el presidente.* Las palabras *arquear* y *ceja* no tienen por sí significacion ilustre, ni por su estructura magnificencia. Pero ¿que enérgico concepto encierra aquel *arquear la ceja*, y no las cejas, en cuyo leve movimiento se ve cifrada la alta magestad del magistrado, la autoridad del puesto, y su soberbia seriedad: parece que le vemos gravemente sentado. Esta es energía de imagen. De igual naturaleza es este otro exemplo de Fr. Luis de Granada, quando dice: *De aqui proceden muchas maneras de calamidades y azotes que padecen los malos, los quales andan en una rueda viva de cuidados, fatigas, y trabajos.* Parece que vemos la rueda del miserable Ixion. La propiedad nace de la significacion mas inmediata que tienen con el objeto para la mayor impresion en los ánimos: la qual pierde su fuerza á proporcion que su sentido es mas vago y general. Por exemplo: en la expresion *dañar la honra*, la palabra *dañar* es mas vaga y general, y por consiguiente mas débil que esotra *herir* la honra: porque, ademas de

que todas las cosas pueden recibir daño en sentido yá físico, ya moral; solo las heridas las reciben cuerpos vivos; y ademas de que en este concepto se viene á personificar la honra, se personifica al agente que hiere, por quanto se representa un arma y una accion solo propia de un viviente. El mismo exámen podemos seguir en esotra frase: *Anibal derrotó las legiones de Varron*. Podría decirse que las venció: pero la palabra *vencer* es de una significacion mas extensa y menos viva que derrotar; la qual, ademas de comprehender la de vencimiento en el hecho, lleva consigo envuelta la de gran pérdida ó general destrozo en toda tropa enemiga.

En estos dos exemplos hemos visto que en las palabras *dañar y herir, vencer y derrotar* no hay excelencia conocida entre unas y otras, ni por mas nobles, ni bien sonantes; mas sí por su oportuna aplicacion al obgeto, al caso, y á las circunstancias. Todas son comunes y usuales, consideradas por sí solas; pero la eleccion de una, y no de otra, para imprimir una idea fuerte, constituye el nervio de la expresion.

Esta feliz eleccion es mas rara comunmente que un feliz discurso. A la verdad, si es cierto que la mayor parte de los hombres piensan mejor que hablan, ¿á qué se podrá atribuir, sino á la dificultad de hallar los signos mas vivos y

propios de sus conceptos? Por esto se experimenta que casi todos conocemos el valor y mérito de la excelente expresion de los buenos ingenios; y no somos capaces de imitarla. Podriamos decir que nos sentimos heridos, y que no podemos herir.

Son opuestas, como hemos manifestado antes, á la energía y nervio de la elocucion todas las palabras indefinidas y generales que no representan los obgetos sino baxo de una idea abstracta. Dice cierto autor de nuestro siglo del mal gusto, por manera de símil, esta enfática, afectada, y falsa sentencia: *Mas crece el cedro en un dia que el hisópo en un lustro, porque robustas primicias amagan giganteces*. ¿No era mas claro, fácil y natural decir: porque el que ha de ser gigante, nace ya muy corpulento? Las palabras *primicia* y *gigantez* tienen una significacion abstracta; usadas en plural, componen una coleccion de abstracciones; y la supresion del artículo *las* forma un sentido mas sutil, por no decir vacío, en que no halla de que asirse la inteligencia comun de los lectores.

Otra sentencia, producida por el mismo tenor y en el mismo siglo, leemos en otro autor, que hablando de un rey cuyas acciones debian ser como de tal, cierra su oracion con este epifonema: *sublimidad de acciones, remonte de pensamientos*. Pues todo este tenebroso y misterioso laconismo se deshace, y se esclarece,

diciendo, pues no quiere decir otra cosa: *Las acciones sublimes nacen de elevados pensamientos.* Las palabras *sublimidad* y *remonte* son abstractas, y por su misma espiritualidad no hacen impresion á los sentidos. Además su significacion, no definida por faltarle el artículo, es mas vaga, y el pensamiento queda ahogado y obscurecido con la supresion del verbo: esta concision elíptica dexa incompleta la sentencia.

Todas las palabras vagas é indefinidas obscurecen, enfrían, y enervan la expresion. No persuaden, porque prueban poco; no mueven, porque no presentan obgetos claros y conocidos; no deleytan, porque se apartan de la naturaleza.

Pero, como es mas fácil hallar el género que la especie en todas las cosas; por esto son tan pocos los escritores que llevan en sus palabras el convencimiento: porque no todos saben elegir las mas propias, precisas, y características para clavar los obgetos en nuestro ánimo. Si digo, de Calígula: *fué un príncipe malo*, nada digo, porque nada particularizo, pues otros príncipes lo han sido tambien, mas no en tanto grado, ni del modo que lo fué Calígula. Si hablando de la fluidez del azogue, digo *es una verdad* notoria, digo poco: si adelante, *es una verdad visible*, ya digo mas porque vengo á dar á un obgeto espiritual como es la verdad, materia y color; pero si digo, *es una verdad pal-*

*pable*, no puedo decir mas, porque entonces le doy, no solo materia y color, sino cuerpo y solidez. *La paciencia forzada* (dice el P. Niernberg) *no tanto es paciencia, quanto impaciencia sin manos y muda*, como si dixera que no puede obrar ni quejarse. Y aunque de este modo expresaría una accion, se personifica mas la paciencia del otro, dándole figura viva, pues le da manos y lengua.

*De los Epítetos.*—Los epítetos, llamados por otro nombre adjetivos ó adjuntos, son las palabras que acompañan al nombre sustantivo para demostrar las calidades, ya intrínsecas, ya extrínsecas del sugeto, ó cosa que representa. La gramática los considera como una parte de la oracion, sin atender á su mas ó menos energia, gala, ó hermosura, ni á su mas ó menos expresiva calificacion de las cosas. Pero el orador que no los usa con tanta frecuencia, ni tan libremente como el poeta, los desecha como ociosos si no hacen efecto, esto es, si no ilustran, ó realzan, ó califican al sugeto. En las composiciones poéticas suenan bien el sol *dorado*; la *argentada* luna, la *blanca* nieve, la *cándida* azuzena, &c., por la suavidad y gracia del metro; mas en la eloquencia serian sobrepuestos inútiles, y muy afectados afeytes. Los epítetos contribuyen en gran parte al vigor energia y nobleza de la sentencia, mayormente si son figurados, como: el brazo *vencedor* de Alexan-

dro; las águilas *triumfantes* de Cesar, *encumbrados* pensamientos, &c. Leemos en el P. Marquez, que conoció mas que ninguno la hermosura y valor de los adjetivos, la siguiente sentencia: *Para corregir pensamientos dulces de nuestra perdicion, es el mejor remedio un pecho lleno de Dios, amargo autor de toda mortificacion y penitencia.* ¡Quánto realza la calidad de los pensamientos lo *dulce* por lo sensuales, y lo *amargo* al divino autor que los reprueba y condena! Nada perderia la oracion desnuda de estos adjuntos, pero mucho la sentencia; no padecería la gramática, mas sí la eloqüencia.

Los epítetos no solo se usan para el ornamento de la oracion, y gravedad, y energía del decir, como el *acerado puñal*; sino para los afectos y expresion de los sentimientos del ánimo, quando buscamos la fuerza y significacion de los nombres de las cosas, y no podemos hablarla, como quando Antonio Perez, queriendo consolar á sus tres hijos pequeños, que por odio del padre perseguido y prófugo sufrían dura prision, les escribe: *Vuestros agravios me hacen á mi inocente, y á vosotros mártires. Pero tales tormentos en pellejos niños, en almas niñas, acá y allá han de ver la satisfaccion.* El adjetivo *niño* aplicado á pellejos y almas, sobre lo nuevo y feliz de su eleccion; no exprime lo mas enérgico de la mayor ternura, y lo mas expresivo

de la edad de la infancia inocente? Los epítetos verdaderamente adecuados, deben añadir alguna idea al sentido de la frase, de suerte que, suprimidos, pierda aquella gran parte de su mérito. Con ellos distinguimos y diferenciamos, añadimos ó disminuimos; y asi pertenecen á la elocucion. Vemos, pues, que unos añaden gracia, como estos la *risueña* aurora, las *doradas* mieses; otros, dignidad, como *augusta* estirpe, *venerable* antigüedad: otros dán incremento, como poder *supremo*, valor *intrépido*, mar *inmenso*: otros decremento ó disminucion, como *humilde* cama, ánimo *apocado*; otros, cierta energía, como clamor *profundo*, combate *encarnizado*, luz *moribunda*: otros, vehemencia, como ladrón *desalmado*, tirano *desapiadado*: otros explican la cosa á que van adjuntos, y le sirven de definicion, como moral *evangélica*, censura *teológica*, poder *arbitrario*, gloria *eterna*. En estos quatro exemplos el epíteto concreta el sentido indefinido y vago del sustantivo *moral*, *censura*, *poder*, y *gloria*.

Otros epítetos deben adecuarse tan estrechamente al sugeto, que formen, si puede ser, su atributo, como: *El piadoso Numa suavizó su pueblo con la religion.*—*El temerario Carlos XII. pereció en el peligro que buscaba.* Los epítetos *piadoso* y *temerario* son perfectamente adecuados, el uno á la obra de instituir la religion; y el otro, á la accion de exponerse un rey como